

CRUCIFIXIÓN

José Antonio Cotrina

El único color que conoce es el negro. Toda su vida está escrita con letras negras. Era ciego antes de que la explosión final cegara a muchos, para él, el resplandor que borró a la civilización fue una sombra, una negrura todavía más intensa que pasó ante sus ojos secos como un murciélago en una caverna. Una vez tuvo un compañero, un joven que le sorprendió una noche cuando le contó que el negro no era el único color, que había más. Por toda una noche el anciano escuchó extasiado el nombre de los colores. Todavía los recuerda y de vez en cuando, como ahora, los pronuncia en baja voz, como si fueran un secreto que nadie más debe llegar a saber.

—Rojo... —dice, y piensa en el calor, en la pasión desbocada, en el sabor de la sangre en los labios.

—Azul... —dice, y piensa en el frío, en el susurro, en el viento acariciándole el rostro.

—Gris... —dice, y piensa en los rescoldos de la hoguera, en palabras nunca dichas, en el latido de un corazón moribundo.

—Blanco... —dice, y por mucho que piensa nunca encuentra nada con que acompañarlo, y la palabra, vacía, abandona sus labios para resbalar por su mentón y caer al suelo.

Y el ciego sigue recorriendo caminos polvorientos que nunca ha visto, pensando colores en su mundo pintado en negro.

A veces se sorprende pensando en las estrellas, cuando era niño su padre le solía hablar del mundo que se ocultaba tras la oscuridad, pasaba horas y horas escuchando palabras que casi nunca entendía, pero que estaban tan cargadas de misterio y magia que no podía dejar de escuchar, fascinado a pesar del dolor que sabía sentiría cuando su padre callara. El tema que más le gustaba era el de las estrellas, las palabras de su padre cobraban tal belleza, tal fuerza cuando hablaba de ellas que casi creía poder verlas si miraba hacia arriba. Las estrellas... cuanto daría para poder verlas una vez, sólo una vez.

Cuando no piensa en las estrellas ni en los colores simplemente avanza por la desolación de un mundo en ruinas. Hubo un tiempo en que, a pesar de todo, la Tierra fue un buen lugar en el que vivir hasta para los ciegos, pero estalló la guerra, la Última guerra, la que borró las diferencias porque destruyó los cánones por las que éstas se regían. Al acabar la guerra no hubo ni vencedores ni vencidos, solo supervivientes abocados a morir con un mundo envenenado. Y la Tierra dejó de ser un buen lugar... para todos. El ciego sabe algunas de esas cosas, otras las ignora o las ha olvidado. A decir verdad nada le importa ya, sólo tiene un deseo, una esperanza:

Volver a ver. Aunque después el mundo se derrumbe bajo sus pies... si por un segundo lograra ver, poder mirar hacia arriba y ver las estrellas.

Oye la voz, la voz que buscaba, hacia la izquierda, acompañada por el crepitar de una hoguera y susurros en voz baja:

—En verdad os digo, hermanos, que esta vez no seré crucificado por vosotros, esta vez vosotros os habéis crucificado por mí. El tiempo ha llegado a su término, elegisteis vuestro camino y lo elegisteis solos, así lo habéis querido y así lo tenéis.

Avanza hacia la voz. La muchedumbre se abre a su paso con una misma palabra en los labios llagados por la radiación: “un ciego”

—Acércate, hermano, ven a mí sin miedo y dime que deseas.

—¿En verdad eres el Mesías, Señor? ¿Has vuelto de nuevo?

—¿Acaso lo dudas?

—No ¿Y tus discípulos? ¿Y tus...

—Es inútil buscar discípulos en un mundo que se muere, nadie deberá propagar mi mensaje tras mi muerte porque a las ruinas no les interesa escucharlo. Y dime ahora, buen hombre ¿Qué es lo que deseas?

—Ver, Señor. Quiero ver...

—¡Hermanos! He aquí a la verdadera víctima, la que sin conocer su bendición pretende erradicarla.

Un murmullo de aprobación llenó el aire durante un segundo.

—¿Señor? —se atrevió a preguntar el ciego cuando la agitación cesó.

—Sumido en tu ceguera no ves la desgracia, muchos de los que aquí están te envidian, hermano, muchos se arrancarían los ojos si soportaran el dolor.

—Quiero ver, Señor. ¡Quiero ver! —repitió casi de rodillas.

—Así sea. Si tú lo quieres yo también lo quiero. Vete ya... estás curado.

Y su mundo pintado en negro se rompe como una ventana tiznada. Y la luz, la luz entra en su vida con tanta fuerza que sus ojos se llenan de lágrimas. Su visión se enfoca y se desenfoca, pero la claridad está ya en ella, ve al Mesías con su túnica negra desgarrada y sucia, ve su rostro lampiño, cuarteado por la radiación y tiznado por la mugre, sus ojos se clavan en los suyos y en ellos hay una certeza que le aterra.

Llorando se marcha de allí, su bastón negro olvidado en el suelo cubierto de cenizas. Las lágrimas corren por sus mejillas, limpiándolas de hollín.

Se detiene y cierra los ojos un instante y el recuerdo de su mundo anterior se cierra sobre él.

Los abre y esperanzado espera a que las sombras dejen de serlo, espera a que la negrura que lo cubre todo deje ver la maravilla de los colores, espera a que su corazón se frene para poder mirar hacia arriba, hacia el cielo, hacia las estrellas... y se cansa de esperar porque ningún color asoma de las sombras para saciar su visión. Se aparta las lágrimas con las manos y los ve:

El rojo, como una bandera manchada de barro intenta romper las telarañas negras que le atan a la suciedad, no es color sino fantasma del color que fue, la

intensidad de antes queda ahora como un recuerdo, como una foto borrosa, un color herido de muerte al que se le ha trasplantado el corazón de una sombra.

El azul, ahogado en hollín, revolcado en un vómito negro que la da el aspecto de una marea negra, de su claridad sólo quedan destellos que asoman de vez en cuando por los barrotes de su oscura prisión, pero son escasos y se apagan a cada latido, como las últimas estrellas del amanecer.

Gris, enfermo y ennegrecido, como la tos de un tuberculoso moribundo, como la arcada que precede al caliente flujo que escapa de la garganta de un envenenado, como el olor de un tumor maligno arrojado a una poza repleta de alquitrán.

Todo bañado en negro, todo cubierto de negro. Las ciclópeas torres, medio a derruir, cubiertas de musgo muerto ennegrecido por el paso de los años. Montañas de esqueletos apilados como montones de estiércol, alzándose a la sombra de monstruosas formas oscuras. Los caminos, serpenteando entre el barro y la mugre. La ceniza, único insecto, surca el aire con volar inquieto.

Un niño le observa en cuclillas desde un charco de agua estancada, ha dejado de beberla asustado por el grito del hombre que una vez fue ciego, el agua negra se escurre entre los huecos del cuenco formado por sus manos sucias para caer sobre el montón de excrementos secos a la orilla del charco.

Hasta el aire, hasta el mismo aire parece negro.

Una postal desde el Infierno.

Su mundo no ha cambiado, seguía entre tinieblas, pero ahora resonaban los ecos de los colores muertos, el blanco murió al tirar la bomba, los demás agonizaban envueltos en un sudario negro.

Mira hacia arriba, en busca de las ansiadas, de las deseadas estrellas, pero el cielo está cubierto por una eterna, inmensa, nube negra.

Cae de rodillas y entre lágrimas recuerda las palabras del Maestro. A él no le importa el dolor. Se lleva las manos, convertidas en garras, hasta el rostro, los ojos abiertos como ventanas hacia el abismo, sus dedos hundiéndose más allá de la retina en busca del nervio y tirando hacia delante hasta que en las cuencas sólo queda sangre y dolor.

Y el dolor le arrastra.

Y el dolor es blanco.